

# **Los lugares incómodos (o las deudas-desafíos de las carreras de Comunicación)**

*The uncomfortable places (or debts and challenges of degrees  
in Communication)*

*Os lugares incômodos (dívidas e desafios dos cursos de Comunicação)*

---

María Cristina MATA

---

*Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*  
*N.º 129, agosto-noviembre 2015 (Sección Tribuna, pp. 17-35)*  
*ISSN 1390-1079 / e-ISSN 1390-924X*  
*Ecuador: CIESPAL*

## Resúmen

La apuesta de algunas universidades públicas argentinas conmovidas por las nuevas situaciones político-tecnológicas, puede ser aleccionadora: las carreras de comunicación se trasmutan en carreras de medios audiovisuales o de producción de contenidos digitales; las licenciaturas y especializaciones genéricas dan cabida a la comunicación popular y comunitaria; comienzan a desarrollarse diplomaturas en medios digitales y reconversión cultural. Pareciera, de ese modo, asistirse a la emergencia de espacios que comienzan a aceptar la incomodidad. Habrá que seguir paso a paso esos emergentes. Mirar de cerca sus derivas para constatar de qué manera la incomodidad da pie a la innovación cuestionadora o, por el contrario, se resuelve en ajustes que permiten, otra vez, acomodarse a lo mullido.

**Palabras claves:** universidad; Argentina; comunicación comunitaria; medios digitales.

## Abstract

The concern of some Argentine public universities, shaken by new political and technological situations, may be instructive: communication careers transform into degrees in audiovisual media or digital content production; bachelor's degrees and generic specializations make room for the popular and community communication; courses in digital media and cultural issues develop. It seems, thus, new spaces tolerant to discomfort emerge. It will be necessary to follow step by step these emerging; to look closely at their drifts to determine how discomfort leads to questioning innovation or, on the contrary, it relies on adjustments allowing, again, to get back to comfort.

**Keywords:** university; Argentina; community communication; digital media.

## Resumo

O posicionamento de algumas universidades públicas argentinas, abaladas pelas novas situações políticas e tecnológicas, pode ser instrutivo: as graduações de comunicação tornam-se graduações de meios audiovisuais ou produção de conteúdo digital; os graus e especializações genéricos abrem espaço para a comunicação popular e comunitária; bacharel em mídia digital e questões culturais desenvolver. Parece, assim, que estamos a assistir ao surgimento de espaços que estão começando a aceitar o desconforto. Teremos de seguir passo a passo esses surgimentos. Olhar atentamente suas derivas para verificar como o desconforto leva à inovação impugnadora ou, pelo contrário, leva a configurações que permitem voltar para o conforto.

**Palabras-chave:** universidade; Argentina; comunicação comunitária; mídia digital.

## 1. Introducción

Para quienes hemos pasado buena parte de la vida enseñando Comunicación, o siendo parte de carreras universitarias de grado y posgrado de Comunicación en América Latina, la cuestión de las inercias de planes de estudio y estrategias de enseñanza es uno de esos lugares comunes de los que es mejor olvidarse. Cada vez que se los visita uno sale de ellos con el mismo sentimiento de cansancio al recoger los mismos diagnósticos y las mismas propuestas para dar fin con ese remar en aguas pesadas que poco y nada dejan avanzar mientras, por el contrario, si algo avanza en este mundo –como se afirma a diestro y siniestro– son los modos del comunicar. Por eso, en vez de caer en esos lugares comunes, hace algunos años vengo tratando de tensionar lo que hacemos desde lo que alguna vez he llamado *los márgenes* y hoy prefiero nombrar como *lugares incómodos*: zonas poco confortables pero inevitables porque es en ellas que vivimos o, para ser más precisa, porque forman parte de lo que la comunicación es hoy, en nuestra sociedad<sup>1</sup>. La utilidad de tal ejercicio está por verse. Y tal vez nunca pueda demostrarse. Pero al menos, no se podrá decir que no hemos hecho el esfuerzo de salir de lo mullido.

## 2. La comunicación popular/alternativa: ese hueso duro de roer

El primero de esos incómodos lugares es, para mí, el ocupado –o no ocupado– por la comunicación popular/alternativa en nuestro mundo académico. Prácticas muchas veces invocadas y reconocidas desde el compromiso social y político que anima a carreras, docentes y estudiantes de nuestras universidades, pero más veces aún depositadas en los márgenes del saber, sin capacidad de incidir epistemológica y pedagógicamente en nuestros quehaceres.

A pesar de los matices y diferencias que contiene el sintagma *comunicación popular/alternativa* admitamos que genéricamente, más allá de distintas modalidades expresivas y tecnológicas y más allá de coyunturas y contextos e incluso de perspectivas políticas, ese sintagma recubre una voluntad: la de romper un silencio impuesto. Una ruptura que implica poder pronunciar las palabras acalladas por el poder económico y político expresado en los sistemas de explotación y los regímenes dictatoriales o las democracias autoritarias. Pero que más complejamente alude a cuestionar el poder de quienes en diferentes ámbitos establecen las reglas del decir, tanto el poder de quienes manejan el

---

<sup>1</sup> He realizado esa tarea en algunos de los últimos encuentros organizados por la Fadeccos, la Federación Argentina de Carreras de Comunicación Social y los estudiantes de Comunicación que anualmente se autoconvocan para reflexionar en mi país. Este artículo recoge parcialmente ideas trabajadas en conferencias que tuvieron lugar en el X Encuentro Nacional de Comunicación (septiembre 2010, Universidad Nacional de Misiones) y en el XII Encuentro (septiembre 2012, Universidad Agustín Maza, Mendoza).

sistema mediático como el de quienes habilitan o deslegitiman voces, temas, lenguajes y modalidades expresivas en distintos espacios sociales.

La comunicación popular remite por eso mismo a una alteración discursiva y al conflicto; a nuevas voces –nuevos hablantes y relatos– que generan innovaciones y diversidad de experimentos tecnológicos: desde iniciativas artesanales como los periódicos murales o los graffitis, a estrategias de apropiación de desarrollos técnicos de punta como las transmisiones radiofónicas satelitales. Y en esa nueva manera de pensar la comunicación colectiva, se modelan figuras y prácticas profesionales renovadas: desde corresponsales sin títulos de periodistas, a la recuperación de lenguajes y formatos de culturas tradicionales, a modalidades de investigación-acción para pensar la práctica, a desarrollos de experiencias de gestión colectiva y modos creativos para dotar de sustentabilidad a medios y experiencias.

Pero la comunicación popular también remite –y no explicitarlo sería otorgarle un estatuto de pureza, como muchas veces lamentablemente se ha hecho–, a contradicciones y mestizajes, a préstamos usurarios hechos desde el mercado simbólico hegemónico y las instituciones reguladoras del discurso, y aceptados por quienes necesitan esos recursos para sentirse parte de un mundo compartido. Y en esas zonas de mezclas, préstamos y pujas, se modelan tácticas de visibilización, se reordenan territorios, se disputan historias: los quichuas y quechuas de América Latina buscan a través de una red radiofónica reunificarse como pueblo quebrado autoritariamente en los procesos de la independencia y durante la constitución de los Estados nacionales; los indignados europeos, los *occupys* estadounidenses y los migrantes latinos en países centrales producen diálogos e intercambios que redefinen fronteras expresivas y políticas<sup>2</sup>.

Así caracterizadas –con todo lo imprecisa que siempre resulta una caracterización genérica– me animo a decir que sobre esas prácticas poco nos enseñaron en las carreras universitarias de Comunicación porque el sistema académico poco espacio les daba. Quienes fuimos parte de ellas, quienes las asumimos como terreno de acción teórica y empírica, muchas veces debimos hacer malabares para que ese sistema convalidara lo que hacíamos. Y claro que existen ejemplos relevantes de que ello era posible: estudiantes que se animaron y se animan a convertir esas prácticas en temas de sus trabajos finales de grado o sus tesis de maestría, colegas docentes que crearon centros o departamentos inspirados en esas búsquedas y orientados a fortalecerlas<sup>3</sup>. Pero si digo que poco nos enseñaron, es porque usualmente esas prácticas resultaron desaprovechadas al ser equiparadas a un tipo específico de quehacer o a una modalidad técnica –como pueden serlo la comunicación visual o la comunicación institucional, por ejemplo–, sin

2 He desarrollado *in extenso* esta temática en Mata (2011).

3 No quiero desconocer a nadie pero puedo nombrar a todos los que han aportado en este campo; solo a manera de ejemplo en mi país, la Unidad de Prácticas y el Centro de Comunicación/Educación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata o el Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

leer en ellas lo que contenían y contienen como matriz para pensar la comunicación en tanto dimensión constitutiva de la cultura y las interacciones sociales. Y para precisar lo que digo voy a indicar, también a grandes trazos, algunas de las dimensiones densas de esas prácticas que desaprovechamos.

En primer lugar, desaprovechamos la idea de la dialogicidad como núcleo duro de la comunicación. Una dialogicidad sinónimo de interacción que asume la alteridad, las diferencias y distancias como materia prima y condición necesaria de los intercambios y que pone en cuestión varios supuestos e ideas naturalizadas en muchas perspectivas teóricas y académicas: por ejemplo la necesidad de ciertas competencias profesionales como condiciones para el habla pública mediática.

En relación con ello, no hemos reflexionado lo suficiente acerca del cuestionamiento de las ideas de intermediación como sinónimo de construcción de jerarquías; es decir, hemos pasado por alto el hecho de que el reconocimiento de que existen restricciones técnicas para que todos puedan ser enunciadores –no todos pueden acceder al manejo de un medio masivo, a eso me refiero–, no puede convertirse en una restricción social y cultural para que el discurso público no contenga a todos en situaciones igualitarias. Y obviamente, en estrecha vinculación con ello, hemos eludido discusiones en torno a la cuestión de la representación discursiva y social.

En tercer lugar, desaprovechamos la posibilidad de impugnar ciertas nociones establecidas desde el sistema de producción de medios masivos de comunicación que se han convertido, a través de imperceptibles pero potentes operaciones conceptuales, en nociones indiscutidas para pensar esos medios. Vaya un solo ejemplo ilustrativo: el concepto de agenda informativa construido a partir de lógicas mediáticas y no a partir de las necesidades de saber de una población o a partir de los intereses expresivos de una comunidad.

Y junto a todo ello –y seguro existen otras dimensiones que podrían incorporarse a esa serie–, esas prácticas contienen sustantivos aportes para pensar la redefinición de los sistemas comunicativos en su articulación con procesos educativos y organizativos; para pensar las instancias y modalidades de análisis y crítica de lo existente y para imaginar y diseñar futuras estrategias.

Reconociendo esa densidad teórico-política que contiene la comunicación popular/alternativa vale preguntarse por qué no se pudo aprender desde ella en la sede universitaria. O, en otras palabras, por qué las teorías que constituyen los marcos conceptuales con que se opera en las carreras de Comunicación no han incorporado esa densidad. Pero sería incorrecto responder esa pregunta sin recordar que hubo un tiempo, a comienzos de los años ochenta, en que ese mundo complejo de iniciativas y problemas que ponía en escena la comunicación popular/alternativa, se hizo presente en discusiones y reflexiones académicas desde diferentes lugares y motivaciones, algunos de los cuales voy a mencionar.

En 1980, durante el desarrollo de la Semana Internacional de la Comunicación, organizada por la Facultad de Comunicación de la Universidad Javeriana de Bogotá, Jesús Martín-Barbero, en una muy citada conferencia “Retos a la investigación de la comunicación en América Latina”, postulaba que una de las temáticas estratégicas para desarrollar nuestro campo de estudios era la de la “comunicación popular/alternativa”; unas prácticas que, según sus propias palabras, expresaban la resistencia y réplica al “discurso burgués”, que ponían de manifiesto la voluntad de hacer frente al empobrecimiento y vaciamiento de la comunicación cotidiana a raíz de la mercantilización de la vida social; que no eran homogéneas porque lo popular era siempre expresión de ambigüedades y conflictos pero que planteaban para Martín-Barbero “hacia dónde deben apuntar las propuestas de una comunicación que se quiera realmente participativa, esto es, que más que llevarle comunicación a las masas busque liberar su palabra” (Martín Barbero, 1980, p. 277).

Un año después, en 1981, el Programa de Comunicación Popular de CELADEC (Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana), en el que yo trabajaba, aceptó ese desafío y organizó en Lima un encuentro que por primera vez reunía a académicos y referentes de organizaciones dedicadas al desarrollo de prácticas de educación y comunicación popular para debatir las vinculaciones entre ellas y la dinámica del *movimiento popular*, que por entonces se nombraba en singular. En ese espacio intercambiaron sus miradas teóricas de la envergadura de Armand Mattelart o el semiólogo peruano Desiderio Blanco, con representantes de organizaciones peruanas, colombianas y centroamericanas.

Ese mismo año, el argentino Máximo Simpson Grinberg, compilaba en México un libro editado por la UNAM: *Comunicación alternativa y cambio social: I. América Latina* y que de algún modo reflejaba el mismo espíritu de aquel encuentro. La compilación incluía discusiones teóricas y experiencias y pretendía comenzar a llenar un vacío<sup>4</sup>. En opinión de Simpson Grinberg, la inexistencia de textos que brindaran una visión de conjunto sobre el tema, colocaba a las carreras de Comunicación “ante una sensible carencia [...] en lo referente a los enfoques teóricos” e impedía la posibilidad de conocer y analizar contextualizadamente prácticas desarrolladas en diferentes países (Simpson Grinberg, 1986, p. 9).

En la misma línea, en 1982 un encuentro organizado por la Universidad de Lima, en Perú, sobre la cuestión de la comunicación y el poder, combinaba conferencias de los más destacados teóricos latinoamericanos y europeos del campo con mesas de trabajo en las cuales esos mismos intelectuales dialogaban con quienes aportábamos ideas sobre las experiencias de comunicación popular desarrolladas por distintos sectores sociales.

---

4 Tal éxito tuvo el texto –según su compilador–, que en 1986 se reeditó con algunos capítulos añadidos. Utilizo como fuente bibliográfica esa edición.

Apenas un año después, en 1983 el N° 10 de *Comunicación y Cultura*, la publicación que por entonces era un referente académico-político a escala latinoamericana, dedicado a proponer “interrogantes sobre lo popular” incluía, entre otros materiales, un artículo del mexicano Jorge González, titulado “Cultura(s) popular(es) hoy”, en el cual buscaba presentar, decía él, “distintas perspectivas que con el tiempo han surgido para hablar acerca de un vasto y heteróclito conjunto de objetos, fenómenos, relaciones y realidades culturales llamadas genéricamente ‘populares’”. Entre esas perspectivas incluía las ideas de pensadores europeos como Gramsci, Cirese, Muchembled, las de latinoamericanos como Martín-Barbero o Fernando Da Matta y también las que provenían de prácticas de organizaciones de comunicación popular/alternativa que, a su juicio, estaban “desempeñando interesantes labores de reconocimiento y promoción de las culturas de las clases subalternas” (González, 1983, p. 27).

Y para cerrar de algún modo la serie, aunque bien podría –y creo que correspondería ser completada– recuerdo que entre 1985 y 1986 hubo en la Universidad Nacional de Córdoba dos encuentros convocados por egresados y estudiantes de la carrera de Comunicación que demandaban apropiarse de la problemática de la comunicación popular, tal como ella se estaba desarrollando en América Latina, para pensar también desde ahí los desafíos que planteaba la recién recuperada democracia para la reconstrucción social y política de nuestro país.

La emergencia de ese conjunto de reflexiones no fue casual. Se produjo en un momento en que se repensó el campo de estudios de comunicación, en que se trató de desanclarlo de perspectivas reduccionistas y funcionalistas y de articularlo de manera inescindible con la cultura. Una época en que, como muchas veces se ha dicho, fueron menos los desarrollos teóricos y más las derrotas vividas en América Latina por las fuerzas sociales y políticas que buscaban la transformación del orden imperante, las que revelaron la necesidad de superar los denunciismos que siendo útiles para percibir los mecanismos de dominación, resultaban insuficientes para interrogarse acerca de las posibilidades de construir, también desde la Comunicación, nuevas alternativas políticas. En ese marco, las prácticas populares y alternativas parecieron ingresar en nuestro campo de estudios para pensar desde ellas, con ellas y contra ellas, los complejos procesos de producción del orden social.

Pero luego sobrevino su puesta en los márgenes de lo académico: los proyectos de extensión, las iniciativas de agrupaciones y centros de estudiantes, la vocación militante de docentes fue el lugar que se asignó a esas prácticas. Y esa suerte de borramiento –hasta ahora indiscutible–, se expresó tanto en términos institucionales como teóricos. Así, por ejemplo, las prácticas de comunicación popular/alternativa no suelen incluirse en los programas de los cursos sobre cultura masiva y popular que se dictan en nuestras carreras o en los textos que abordan esa problemática; es como si ellas no formaran parte de esa cultura que es popular por su condición subalterna pero también por su capacidad de resistencia y por vocación transformadora. Por otro lado, en los

cursos o textos sobre comunicación comunitaria o alternativa es muy difícil encontrar referencias a la inescindible y compleja vinculación de lo popular que vive en lo masivo como matriz cultural apropiada desde el mercado para favorecer los procesos de consumo y adaptación. Poco y nada encontraremos de esos imprescindibles cruces para entender las pugnas discursivas, las pugnas simbólicas que atraviesan nuestras sociedades. Y algo similar suele ocurrir en los textos, cursos e investigaciones sobre comunicación y política. De un lado los análisis de producción de discursos partidarios y sectoriales, las consideraciones acerca del espacio público mediatizado y del papel del Estado en la construcción de la hegemonía. De otro, cuando se abordan, las prácticas de comunicación popular/alternativa como expresión e instrumento de movimientos sociales sin más conexión con esos anteriores temas que la coexistencia en una misma coyuntura.

Es cierto que existen esfuerzos para producir acercamientos<sup>5</sup>. Pero una cosa es los acercamientos y otra es que la comunicación popular/alternativa pueda alcanzar, en nuestro campo académico, el estatuto de lugar legitimado para reflexionar acerca de lo popular como categoría cultural y como horizonte político, y para pensar la comunicación como dimensión estratégica y estructurante de nuestras sociedades contemporáneas. Algo que creo no sucederá si no saldamos cuentas con el pasado; es decir si no logramos comprender por qué se paralizó aquella potencialidad de reflexiones y debates que asomaron durante los ochenta. No tengo respuestas totalmente claras al respecto. Por eso solo ensayo algunas preguntas pensadas más a manera de provocación que de tranquilizante vademécum.

Me pregunto, por ejemplo, por qué ante las propuestas de abordar la conjunción dominación-resistencia-resignificación como requisito para comprender los procesos de producción de la hegemonía se optó por analizar solo los consumos y no los procesos de producción de un habla que al proponerse como alternativa también es capaz de revelar la subalternidad y la potencia transformadora ¿Fue que la licuación de lo popular como categoría política durante los perdidos noventa nos hicieron perder el rumbo como sostienen algunos? Pero si eso fue así, ¿por qué la inercia se mantuvo luego de que las crisis económico-sociales vividas en tantos países de la región a comienzos de este siglo multiplicaran nuevas prácticas que con cuerpos y discursos buscaban hacer presentes la exclusión y recusarla como condición de vida? ¿Qué y cuánto tuvieron que ver en ese borramiento la adopción de categorías y perspectivas teóricas que reservan para lo popular solo dimensiones tácticas e inorgánicas sin reconocer en ellas la capacidad de acumulación estratégica y de construcción de poderes? ¿Qué y cuánto tuvieron que ver en ese borramiento las miradas que reconociendo la mediatización de la sociedad reponen con esa noción la potencia mode-

5 Nuestra propia experiencia desde el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del CEA es muestra de ello; como lo han sido, por ejemplo, los encuentros sobre Cultura Popular y Masiva organizados por la carrera de Comunicación de la Universidad Nacional de General Sarmiento.



ladora de las tecnologías por sobre las mediaciones desde las cuales se produce su sentido?

Pero además, no debiéramos soslayar otro tipo de razones: incluir dentro de nuestro pensar académico la comunicación popular/alternativa, implica encontrarnos con actores capaces de *contestar* nuestros puntos de vista y teorizaciones, es decir, capaces de pronunciar también ante nosotros su palabra porque también desde el terreno académico se construyen poderes no necesariamente democráticos. Abrir las puertas de nuestro campo a esas prácticas requiere exhibir y justificar la mirada y las operaciones desde las cuales las construimos como objetos y someterlas a discusión no solo entre pares sino con esos otros que, haciendo, expresan ideas acerca de lo que es comunicar.

Sacar la comunicación popular/alternativa de los márgenes académicos requiere que elaboremos respuestas consistentes para ese tipo de interrogantes. Pero también buenas razones para hacerlo. Y ellos están ahí, interpeándonos. Vivimos continentalmente una época de debates y luchas significativas por los derechos a la comunicación que se expresa tanto en avances legislativos en varios países de la región y en un desarrollo auspicioso de nuevos medios –comunitarios, públicos– como en los brutales ataques que esos mismos medios sufren en otros países. En ese contexto hay quienes, desde las universidades, vuelven a mirar el terreno de las prácticas de comunicación popular/alternativa como espacio de aprendizaje. ¿Y con qué se encuentran?

La literatura existente sobre el tema en América Latina es significativa. Pero cuesta encontrarla si uno no ha estado ahí, en medio de quehaceres y debates. Y cuando se la encuentra, suele incomodar a muchos porque a veces parece suscitar una lectura demasiado fácil –la que proponen los manuales más o menos esquemáticos, las hojas sueltas, los relatos de experiencias, las evaluaciones, los proyectos–. Cuesta meter esa literatura en las cajas académicas que tan bien sabemos armar para proponer bibliografías. Cuesta meternos en el lenguaje de las prácticas y leer desde allí las nociones operantes, las discusiones, las contradicciones, las iluminaciones. Y esa imposibilidad genera situaciones paradójales: mientras el desarrollo de las prácticas comunicativas populares se ha transformado en nuestro continente en estrecha relación con los conflictos del que son expresión y parte, en el campo académico persisten inercias derivadas del desconocimiento de esos procesos cuya historia circula por esos textos insignificantes académicamente. No hay registro, por ejemplo, de los profundos debates acerca de la masividad o marginalidad que esas prácticas deben tener en relación con el sistema de medios; se desconocen las discusiones y aportes producidos en el marco del quehacer popular/alternativo en torno a lo que deben ser unas políticas democráticas de comunicación públicas; se ignoran las estrategias que desde experiencias locales se producen para enfrentar los procesos de deslocalización que traza el mundo global. Mientras grupos y organizaciones dedicadas al desarrollo de prácticas de comunicación popular/alternativa hace mucho tiempo discuten y procesan trabajosamente los problemas

de la multiculturalidad y la pluriculturalidad, de la migración como proceso de reconfiguración identitaria y territorial, del lenguaje y las tecnologías como dispositivos de poder y subversión, del “buen vivir” como contestación a las ideas de desarrollo, en no pocos textos y espacios académicos se sigue pensando a esas prácticas como unos medios sencillos, poco sustentables, a los que hay que promover y fortalecer con capacitaciones técnicas hechas, muchas veces, a la medida de la producción mediática dominante. Y entonces me digo que no solo desaprovechamos la potencia conceptual de esas prácticas para pensar la comunicación; me digo que las subvaloramos porque persiste una mirada que las cosifica y deshistoriza.

Y es esa mirada, que no nos deja ver, la que debemos cuestionar. Cuestionar que se siga pensando ese objeto denso y contradictorio que es la cultura popular, inseparable de la cultura mediática que hoy caracteriza a nuestras sociedades sin reconocer que ella también está hecha de las prácticas de comunicación popular/alternativa. Cuestionar que se siga pensando las articulaciones entre comunicación y política sin reparar en los complejos procesos de producción de identidades y actores que tienen lugar en esas prácticas.

Frente a las perspectivas que piensan lo popular hoy, en América Latina, como “aquello que está fuera de lo visible, lo decible y lo enunciable”, o como aquello que “cuando se vuelve representación no puede administrar los modos en que se lo enuncia” (Alabarces, 2006; 2012), las prácticas de comunicación popular/alternativa permitirían comprender, sin negar para lo popular la condición de subalternidad, cómo desde la experiencia de un habla propia –que apuesta a construir una legitimidad que se le niega–, puede pensarse la comunicación como espacio de encuentro y conflicto, de representación que no cosifique, de intermediaciones que incluyan las ideas de alteridad y pluralidad. Es decir, como un modo particular de producción de hablantes y agendas que bien podrían enriquecer, por ejemplo, nuestro modo de pensar y construir medios públicos, para lo cual lamentablemente, algunos solo siguen teniendo como referentes a viejos sistemas –que diseñados para ser independientes del Estado– jamás se propusieron emancipar las palabras y lenguas sometidas.

Es por eso que tenemos que producir en nuestro campo académico una grieta por la cual esas prácticas penetren con todas sus contradicciones y potencialidades para que podamos elaborar unas teorías que encuentren en ellas no meros ejemplos o áreas de aplicación, sino el sustrato de producción de nuevos problemas y nociones.

### **3. La comunicación como derecho**

Si algo caracterizó la constitución de nuestro campo de estudios a nivel continental fue su articulación con el poder. Tanto desde las perspectivas integradoras como desde los posicionamientos críticos, el desarrollo de la investigación y

la formación de comunicadores no se concibió como un ejercicio científico-académico prescindente de intencionalidades inmediatamente políticas. Desde la superación del subdesarrollo presente en la mente de los hombres que postularían el primer difusionismo, hasta la denuncia de la funcionalidad de los medios de comunicación con respecto a las “ideologías y patrones de comportamiento impuestos [...] por el imperialismo y sus oligarquías y burguesías asociadas [...]” para utilizar palabras textuales de aquel primer seminario de especialistas en Comunicación celebrado en San José de Costa Rica en 1972, nuestro campo se dibujó nítidamente como campo atravesado por concepciones y proyectos políticos antagónicos.

Esos orígenes marcaron distintivamente propuestas curriculares y estrategias metodológicas. Hubo tiempos en que modificar un plan de estudios o diseñar un proyecto de investigación se pensaban como trazos que permitían a las instituciones y sus integrantes insertarnos en tradiciones, debates y propuestas que buscábamos potenciar y hacer progresar con un claro sentido de acumulación legitimadora. Podríamos decir que al organizar y desarrollar sus labores académicas, nuestras carreras manifestaban una suerte de impronta teleológica que se expresaba en emblemáticos perfiles de comunicadores.

Las críticas a ese finalismo pedagógico, la comprensión de la complejidad de los procesos político-culturales y el consecuente cuestionamiento de interpretaciones mecanicistas acerca del lugar y papel de la comunicación en la producción de la hegemonía, el fuerte dinamismo de los sistemas comunicativos en términos tecnológicos y discursivos, pero también los progresivos procesos de burocratización de las actividades académicas fueron –a mi entender–, las principales razones por las cuales a partir de fines de los años ochenta aquellas identidades comenzaron a debilitarse. En contraposición, se trató de encontrar entre ellas tendencias comunes, equivalencias, vasos comunicantes. Y no estaría mal recordar que hubo incluso proyectos de ese tipo alentados por las asociaciones de carreras en algunos países.

Esa suerte de normalización de la formación académica no fue ajena a un consistente proceso de homogeneización del sistema comunicativo que se produjo y expresó –todo en un mismo movimiento– de la mano de la concentración progresiva de medios, de la crisis de identidades y modalidades de representación colectivas, del creciente recurso a dispositivos y regulaciones técnicas para la construcción de la opinión; en suma, de la mano de esa nueva articulación entre prácticas e instituciones sociales con tecnologías de información y comunicación que caracteriza las sociedades mediatizadas y que conlleva un aplanamiento o detrimento de la experiencia y un fortalecimiento de lógicas que se proponen como recursos inclusivos y que en realidad son dispositivos formateadores de la particularidad con el objeto de ganar universalidad y serialidad.

Sin embargo, desde los primeros años de este nuevo siglo se han producido hechos que, a mi juicio, deberían haber tenido la capacidad de conmover ese escenario.

Me referí, líneas arriba, a ese complejo proceso que produjo en nuestro continente propuestas, debates y confrontaciones vinculadas al establecimiento de regulaciones de los sistemas comunicativos. Más allá de las disparidades existentes entre las estrategias desarrolladas en distintos países y entre los mayores o menores avances que se experimentaron, lo que constituye una suerte de horizonte común en muchos de ellos es el renovado estatuto que adquirieron los derechos a la comunicación y que, como era inevitable en sociedades injustas, provocaron intensos conflictos.

Procesos como el que vivimos en Argentina en torno a la elaboración, discusión e implementación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual; las instancias que hicieron posible la aprobación de la Ley Orgánica de Comunicación del Ecuador; lo que ocurre actualmente en Brasil o Uruguay con relación a legislaciones del tipo; la reunión de titulares de defensorías del público de distintos medios y Estados, desarrollada durante 2014 en Buenos Aires y la constitución, en el marco de esa reunión, de una Organización Interamericana de Defensoras y Defensores de las Audiencias; la Cumbre de la Plataforma Iberoamericana de reguladores de Televisión que se realizó también en 2014 en Bogotá con la participación de representantes de 16 países latinoamericanos son –entre otros hechos–, muestras de la emergencia de un conjunto de actores que han sido capaces de producir un discurso creíble y sostenible que propone a los medios masivos de comunicación como términos de conflicto.

Y voy a detenerme un segundo sobre esa idea. Reconocer los medios masivos y el sistema que conforman en términos de conflicto no significa negarlos o demonizarlos. Tampoco, como en aquellas iniciales asociaciones con el poder, atribuirles responsabilidades que liberarían a la sociedad y el estado de las consecuencias de sus propias acciones. Significa, en cambio, concebirlos como uno de los pilares centrales para la producción de significados colectivos negando o cuestionando una supuesta natural o legítima condición que ellos tendrían para determinar por sí, y sin el concurso de la sociedad y el Estado, las reglas de esa producción tanto en términos tecnológicos como institucionales y discursivos.

Lo que básicamente permitió en los últimos años que los medios se pensaran como términos de conflicto, como objeto en disputa –y ya no solo como dispositivos de poder–, fue el ingreso en la arena pública de un conjunto de integrantes de la sociedad civil antes más o menos expectantes, que comenzaron a demandar el cumplimiento y la ampliación de derechos vinculados con la posibilidad de hablar y de ser; derechos de reconocimiento y expresión; derechos a visibilizar condiciones de existencia y deseos; derechos a elegir el modo en que se quiere estar presente y ser representado en la escena pública mediática.

La transformación no es menor. Durante décadas la discusión en torno a los medios masivos de comunicación había sido cuestión de especialistas –con significativa participación de nuestras carreras–, y de un acotado tipo de organizaciones vinculadas al campo de los proyectos alternativos, desde instituciones y movimientos que alentaban estrategias de educación y comunicación popular y

comunitaria hasta los propios medios que asumían esa perspectiva. Se trataba de una discusión que como dirían Virilio o Dominique Wolton no llegaba “al gran público”, a la sociedad devenida público, entre otras razones a causa de una de las características intrínsecas del sistema comunicativo hegemónico: su capacidad para diseñar y sostener agendas unificadas en las que se impide la entrada a tópicos y hablantes que puedan desestabilizarlo (Virilio, 1996; Wolton, 1997).

Estoy convencida que si algo caracteriza comunicativamente a nuestro tiempo es la ampliación de esa discusión. Los medios masivos hegemónicos están menos solos en la escena y sin que se haya menoscabado su consumo han comenzado a perder anteriores legitimidades. En el caso argentino, como podemos sustentarlo desde el resultado de investigaciones empíricas y desde ciertas prácticas institucionales y movilizaciones colectivas, esos medios empiezan a ser considerados por el público no solo como fuente de ofertas de información y entretenimiento, sino como actores interesados en producir unos modos de informar y entretenerse que de ningún modo son los únicos posibles. Y esta consideración se hace extensiva al conjunto del sistema, es decir, a los medios públicos o estatales y a los medios alternativos o sin fines de lucro<sup>6</sup>.

Las organizaciones y movimientos que luchan por legislaciones de comunicación democratizadoras han sido y son protagonistas centrales de ese cambio. Pero también, entre otros, los movimientos juveniles, de campesinos, de migrantes, que luchan contra la estigmatización a que son sometidos a causa de sus costumbres, sus condiciones de vida, sus procedencias. Y lo siguen siendo los pioneros movimientos de mujeres que supieron lograr avances significativos en términos de nominaciones públicas –pensemos si no en el lugar que se hizo el término *femicidio* en la maraña del lenguaje periodístico sensacionalista–, a pesar de que contradictoriamente sigan produciéndose, a través de los medios masivos, gravísimas manifestaciones de sexismo y la justificación mediática de la violencia contra las mujeres. Junto a esa variedad de movimientos y organizaciones, en alianza o confrontación con ellos, completan la escena los Estados nacionales y las distintas fuerzas político-partidarias. Una escena que muchas de nuestras carreras contribuyeron a construir no solo por la investigación y formación crítica que desarrollaron durante años sino porque algunas de ellas intervinieron decididamente en esos procesos de discusión de nuevas regulaciones y porque asumieron compromisos colectivos en el mismo sentido.

Insistiendo en la necesidad de tener una mirada genealógica sobre las nociones con que operamos, Armand Mattelart solía indicar que “cada época histórica y cada tipo de sociedad tienen la configuración comunicacional que se merecen”. Y la idea de merecimiento no remite a premios o castigos, sino más bien a los distintos niveles o aspectos y escalas que al articularse producen –siempre en

---

6 Lo hemos constatado en indagaciones comparativas realizadas desde el Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía que dirijo en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), con anterioridad y posterioridad al debate y sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

palabras de Mattelart– “un concepto hegemónico de comunicación” (Mattelart, 1995, p. 12).

En ese sentido, creo que no es arbitrario pensar que en nuestra época y en nuestras sociedades latinoamericanas se está produciendo una particular configuración que permite disputar la hegemonía de las concepciones mercantilistas de la comunicación desde la mirada de los derechos.

Sin embargo, nuestra escena estaría peligrosamente incompleta si no consideráramos la otra significativa mutación que han sufrido las ideas y prácticas comunicativas en lo que va de este siglo; es decir, si ignoráramos otro movimiento que ha alterado el escenario de actuación de nuestras carreras.

Me refiero al acelerado y complejo desarrollo tecnológico que potencialmente convierte a cada individuo en terminal productora y receptora de datos de todo tipo, y a la cultura comunicativa que se produce a partir de esa potencialidad. Una cultura comunicativa sostenida en un nuevo imaginario en el que se conjugan, entre otras, las ideas de contacto como modo de pertenencia; las de instantaneidad como caución de eficiencia, las del vínculo virtual como mecanismo inclusivo. Un imaginario que, en el caso argentino, puede explicar en parte la existencia de 159 abonos a teléfonos celulares cada 100 personas según los datos proporcionados para 2013 por el Banco Mundial. Un imaginario que hizo posible que el año pasado –en vísperas de la celebración del día del niño– las *tablets* y otros dispositivos del tipo fueran ampliamente promocionados y resultaran ser los objetos que proporcionalmente registraron mayores incrementos de venta. Una cultura que se expresa en los datos que brinda la Encuesta Nacional de Consumos Culturales de 2013 pasado; según la cual un 65% de la población mayor de 12 años utiliza habitualmente internet, siendo el acceso a redes sociales la práctica más extendida de entre todos los usos de la web (57%). Datos que adquieren significativa magnitud si consideramos que en 2005, la misma Encuesta indicaba que solo el 41% de los habitantes empleaba internet y si recordamos que aunque la oferta de internet y telefonía móvil a gran escala en nuestra región comenzó a mediados de la década del noventa, hasta 1998 según datos del PNUD, tan solo el 0,8% de la población de América Latina y el Caribe tenía acceso a internet.

Numerosas investigaciones, ensayos y algunos verdaderos manifiestos académicos, caracterizan esa nueva cultura a partir de nuevas figuras y procesos que sustituyen a los clásicos actores y los típicos circuitos o recorridos pragmáticos y simbólicos con los que acostumbramos a pensar la producción colectiva de significaciones –aquellos a los que nos tuvo acostumbrada la racionalidad comunicativa moderna y sus medios paradigmáticos: la prensa escrita, la radio y la televisión.

Gracias a la existencia de los procesos de digitalización e hipermediación, gracias a la web, las redes, ciertos programas, protocolos, aplicaciones y lenguajes, se indica que debemos dejar de pensar en consumidores y receptores para pensar en usuarios. Abandonar la lógica “del *broadcasting* –de uno a muchos–”,

y asumir una “arquitectura reticular –de muchos a muchos–” que colaboran mutuamente (López & Ciuffoli, 2012, p. 21). Como producto de esas transformaciones, llegará a postularse la desaparición del autor, del emisor-productor como figura iniciadora de los intercambios, para sustituirla por la del “publicador” –uno entre tantos–, así como la trasmutación del consumo mediático individual en consumos colectivos.

Gran parte de la literatura disponible sobre este tipo de medios enfatiza sus rasgos libertarios y participativos; la dinámica interactiva que conlleva posibilidades ilimitadas de autonomía y reunión. Quiero decir, posibilidades expresivas de un “yo comunicante sin intermediarios” que es el usuario de los nuevos medios, y posibilidades de vinculación con otros usuarios con quienes, sin necesidad de conocimiento previo o acuerdos mutuos, pueden entablarse polémicas o establecerse coincidencias sobre cualquier tópico (*Cfr.* López & Ciuffoli, 2012, p. 40-41). Porque, coronando la plenitud de la nueva escena, se postulará que sin mayores competencias técnicas o destrezas cognitivas, todos podemos ser gestores de nuestras propias interacciones.

No es mi intención proponer una discusión de estas perspectivas que suelen tener verdaderas pretensiones epistémicas. Tampoco hacerlas polemizar con pensamientos más complejos que asumiendo la presencia e impacto cultural de los procesos de digitalización e hipermediación, reconocen las limitaciones que sufre la autonomía y la libre iniciativa de los usuarios en diferentes redes y entornos; en algunos casos debido a la racionalidad económica en que se sustentan y en otros debido a las características de sitios y programas en que unos pocos cientos de personas diseñan los caminos que transitarán unos cuantos millones, lejos de aquella reticularidad prometedora de creativas construcciones colectivas. Tampoco quiero cuestionar esa nueva episteme comunicacional que minimiza el hecho de que son los medios clásicos, los tradicionales, también en proceso de transformación por los procesos de digitalización y convergencia, los que siguen concentrando las mayores adhesiones colectivas de la población a la hora de informarse y entretenerse; que son esos medios donde se producen las principales disputas por el poder de nominación y donde, en buena cantidad de casos, se originan los tópicos que se desplegarán en los nuevos sitios y medios interactivos.

Lo que quiero proponer, en cambio, es considerar hasta qué punto y de qué modo estos nuevos modos de comunicar y de pensar la comunicación sobre los que seguramente mucho debemos discutir, han desestabilizado o no nuestras experiencias académicas. Es decir, en qué medida nos han hecho reflexionar acerca de la necesidad de revisar los procesos de producción de conocimiento que desarrollamos cuando crece socialmente un imaginario que convierte a ciertos dispositivos técnicos y a ciertos lenguajes en indiscutibles garantes de los derechos que tanto ha costado y cuesta hacer visibles y conquistar. Un imaginario y unos discursos teóricos que hacen del individuo comunicador (es decir del individuo conectado) la figura más preciada del horizonte cultural.

Hace algunos años fui invitada a compartir un Encuentro Nacional de Estudiantes de Comunicación en el cual se abordaron los avances producidos en nuestro país en torno al derecho a la comunicación. Para fortalecer esos avances, sostuve ante los estudiantes que debíamos imaginar en qué consistiría formar profesionales capaces de planificar, producir e investigar políticas, prácticas y medios que contribuyesen a garantizar el ejercicio de ese derecho. Un desafío que hemos comenzado a asumir en algunas instituciones universitarias y cuyos alcances deberíamos compartir y evaluar para potenciar los esfuerzos.

Sostuve entonces que debíamos cuestionar y modificar las naturalizadas ideas que convierten a los profesionales de la comunicación en dueños, por delegación, de un derecho que es de todos y todas: una verdadera batalla contra el sentido común instalado, contra las opiniones construidas desde muchos medios pero también desde algunas tradiciones académicas e institucionales.

Contra la idea de formar personas con capacidades de expresarse, de argumentar, de interpretar, de inventar, sostuve que para hacer de la comunicación como derecho una nueva matriz cultural y política de nuestra labor académica necesitábamos poder concebir a los comunicadores como *mediadores*. Es decir, como profesionales con los conocimientos, aptitudes y actitudes necesarias para pensar y operar como facilitadores y vehículos de una palabra colectiva, diversa y plural que pudiera pronunciarse públicamente por disímiles que fueran las condiciones objetivas y subjetivas de quienes integramos la sociedad. Profesionales que pudiesen identificar las diferentes voces, sus lugares y modos de enunciación, sus posibilidades o imposibilidades de aflorar en la escena pública. Profesionales con capacidades para hacer dialogar esas voces, es decir, con capacidad para identificar conflictos, distancias y equivalencias y para permitir que, por encima de matices y antagonismos, esas voces llegasen a reconocerse entre sí como legítimas, como escuchables, como discutibles. Profesionales con conocimientos y aptitudes para construir su propio discurso a partir de los múltiples lenguajes, historias y tradiciones que constituyen la nación y su pueblo y los pueblos y colectivos e individuos que lo integran.

Sigo convencida de que debemos asumir ese desafío, esa necesidad de repensar la figura del comunicador en su vínculo proactivo con los portadores del derecho a la comunicación. Pero además, me digo que tenemos que pensar esa figura en un escenario en el cual las modalidades de la masividad, constitutivas de las sociedades modernas, se ven en parte complementadas y en parte confrontadas por las posibilidades de fragmentación, selección e interacción de contenidos e interlocutores propias de los mundos virtuales y digitales cuyo futuro es, como en general se acepta, impredecible.

¿Cómo se expresan en esos mundos las luchas por los derechos de actuación y representación? ¿Cuáles serían los conocimientos, las aptitudes y actitudes necesarias para que pudiera cumplirse ese papel mediador del comunicador en el marco de espacios, redes y lenguajes cuya novedad y valor serían, justamente, el hecho de no necesitar mediación? Los profesionales que formamos



¿serían o deberían ser una suerte de nuevos pedagogos o entrenadores de los individuos en tanto comunicadores autónomos; los asesores de esos individuos en el uso cada vez más intensivo de dispositivos que, mediante la interacción permanente, producen la ilusión de poder decir y mostrar todo el tiempo, aunque no haya nadie que escuche y mire o aunque no se sepa quién escucha o mira realmente? ¿Cuál sería en ese caso el horizonte común a construir? O por el contrario, como cada vez con más fuerza se alienta desde ciertos espacios interdisciplinarios, ¿deberíamos pensar en formar profesionales capaces de diseñar redes y medios y de producir tecnologías y lenguajes a la medida de las necesidades y demandas expresivas de colectivos sociales, políticos, étnicos o culturales? Es decir, ¿mediadores no solo capaces de articular voces y miradas sino también capaces de producir equipamientos, programas y políticas orientadas a garantizar accesibilidad generalizada?

Seguro existen mucho más interrogantes al respecto y habrá que buscar respuestas sin simplificar la cuestión. Para seguir pensando en ello, solo algunas pocas pistas que tratan de ser meramente orientadoras.

En primer lugar, rescatando la idea de la comunicación como derecho, creo que debemos asumir el sistema comunicativo como espacio de expresión y puesta en común de diferencias. Pero con esa noción no me refiero a la especialización que fragmenta y a la segmentación que busca maximizar consumos, sino a la necesidad de entender el conjunto de medios de comunicación como terreno de distinción y conflictividad. Más allá de las lógicas uniformizadoras que existen tras la aparente variedad y que pretenden erigirse en garantes de inclusión –cuando en realidad son el recurso para producir rentabilidad material e ideológica– tenemos que pensar ese sistema en su genuina dimensión democrática, asumiendo la democracia como ese orden que, en palabras de Ricardo Forster, habilita la compleja relación entre “conflicto y consenso, entre afirmación de las convicciones y aceptación de las diferencias” (Forster, 2011, p. 176).

En ese marco, es preciso afirmar que los procesos de democratización de la comunicación no se producen diseñando dinámicas conciliadoras sino al potenciar las tensiones existentes, multiplicando día a día los enunciadores y lugares de enunciación, y rechazando las pretensiones que desde algunos discursos postulan la eliminación de la conflictividad; una eliminación que es, justamente, lo que caracteriza los sistemas expresivos de las sociedades injustas.

Finalmente, reconociendo que nuestras carreras operan en relación con ese sistema hecho de diferencias y conflictos, y de variedad, y heterogeneidad, me digo que resultaría incongruente –conceptual y políticamente– imaginar procesos formativos normalizados, aplanados por modas teóricas, el imperio de ciertas tecnologías, imposiciones administrativas o la comodidad que brindan algunos modelos canónicos.

Por el contrario, creo que tenemos que apostar por unas carreras de Comunicación que no solo asuman la diversidad, y las desigualdades existentes, sino carreras que contengan y permitan expandir las diferencias de las que

estamos hechos como países y como sociedades. Porque me pregunto si acaso es posible formar profesionales con conocimientos y aptitudes para reconocer voces y silencios, para renovar agendas, para instalar diálogos, para procesar conflictos; si los planes de estudio, los contenidos que se enseñan, las temáticas que se investigan no dan cuenta de realidades particulares. Esas realidades en que están insertas nuestras carreras. En otras palabras, me pregunto si es posible formar comunicadores-mediadores, participes en elaboraciones colectivas de recursos y lenguajes, por fuera de los contextos materiales y simbólicos, territoriales y culturales donde se producen día a día las palabras y los silencios.

#### **4. Para no concluir**

En un tiempo en que se han fortalecido los reclamos por el derecho a la comunicación, en que desde muy diversos lugares se trabaja en pos de la pluralidad de voces, resulta casi contradictorio que desde nuestras carreras mantengamos la comunicación popular/alternativa en los márgenes del saber, como zona en relación con la cual somos capaces de ejercer nuestro compromiso social y político pero a la que negamos que pueda y deba ser espacio de nuestro compromiso quehacer en términos epistemológicos y académicos. Es decir, de un quehacer que produzca las teorías capaces de sostener unos modos de enseñar e investigar que, recuperando las hablas que pugnan por hacerse oír, se renueven y enriquezcan. En idéntico sentido, se trata de tiempos en que no complejizar lo que un comunicador puede ser, en términos profesionales, implica también poner en los márgenes las prácticas comunicativas populares/alternativas que, sin duda, son uno de los espacios privilegiados para el ejercicio de ese derecho.

La afirmación anterior tiene, para mí, una especie de valor probatorio: los lugares incómodos revelan entre sí una peculiar sinergia. Aquella que se deriva del hacer comunicacional asumido como práctica fundante de lo humano, lo social y lo político y que no necesariamente guarda relación con el desarrollo de una profesión y, por lo tanto, con las estrategias de formación que la habilitan.

En ese sentido, valdría preguntarse si las incomodidades a que me he referido no tienen que ver con la necesidad de poner en jaque la institucionalidad universitaria de los estudios de comunicación. La apuesta de algunas universidades públicas argentinas conmovidas por estas nuevas situaciones político-tecnológicas, puede ser aleccionadora: las carreras de comunicación se trasmutan en carreras de medios audiovisuales o de producción de contenidos digitales; las licenciaturas y especializaciones genéricas dan cabida a la comunicación popular y comunitaria; comienzan a desarrollarse diplomaturas en medios digitales y reconversión cultural. Pareciera, de ese modo, asistirse a la emergencia de espacios que comienzan a aceptar la incomodidad. Habrá que seguir paso a paso esos emergentes. Mirar de cerca sus derivas para constatar de

qué manera la incomodidad da pie a la innovación cuestionadora o, por el contrario, se resuelve en ajustes que permiten, otra vez, acomodarse a lo mullido.

## Referencias bibliográficas

- Alabarces, P. (2006). Las culturas populares: cuánto queda de resistencia y cuánto falta de poder. En XII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana Bogotá. Recuperado de <http://www.javeriana.edu.co/felafacs2006/mesa11/documents/pabloalabarces.pdf>.
- Alabarces, P. (2012). Transculturas pospopulares. El retorno de las culturas populares en las ciencias sociales latinoamericanas. En *Cultura y representaciones sociales*. Vol. 7, N° 13. México DF. Recuperado de: <http://www.journals.unam.mx/index.php/crs/article/view/32997>
- Forster, R. (2011). *El litigio por la democracia*. Buenos Aires: Planeta.
- González, J. (1983). Cultura(s) popular(es) hoy". En *Comunicación y Cultura*. Vol. 10, N° 10, agosto. México DF: UAM Xochimilco.
- López, G. & Ciuffoli, C. (2012). *Facebook es el mensaje. Oralidad, escritura y después*. Buenos Aires: La Crujía.
- Martín-Barbero, J. (1980). Retos a la investigación de la comunicación en América Latina. En G. Cárdenas (coord.). *Semana Internacional de la Comunicación*. Bogotá DF: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación Social.
- Mata, M. C. (2011). Comunicación Popular. Continuidades, transformaciones y desafíos. *Revista Oficios Terrestres*. Año XVII, N° 26. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- Mattelart, A. (1995). *La invención de la comunicación*. Barcelona: Bosch.
- S. A. (1972). Conclusiones del Seminario Internacional: El papel sociopolítico de los medios de comunicación colectiva para la sociedad de cambio en América Latina (folleto mimeo). San José: ILDIS / CEDAL / CIESPAL.
- Simpson Grinberg, J. (1986). (comp.) *Comunicación alternativa y cambio social: I. América Latina*. México: Premià.
- Sistema de Información Cultural de la Argentina (2013). *Encuesta Nacional de Consumos Culturales*. Recuperado de <http://sinca.cultura.gob.ar/sic/publicaciones/libros/ECC.pdf>.
- Virilio, P. (1996). El complejo de los medios. En *El arte del motor. Aceleración y realidad virtual*. Buenos Aires: Manantial.
- Wolton, D. (1997). Para el público. En D. Dayan (comp.). *En busca del público: recepción, televisión, medios*. Barcelona: Gedisa.